

LUIS GARCÍA MONTERO

Un lector llamado
**Federico
García Lorca**



«Si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle
no pediría un pan; pediría medio pan y un libro.»

FEDERICO GARCÍA LORCA

taurus


LUIS GARCÍA MONTERO

UN LECTOR LLAMADO
FEDERICO GARCÍA LORCA

TAURUS

PENSAMIENTO

SÍGUENOS EN megustaleer



[@Ebooks](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

EL MUNDO DE AYER

Quizá dentro de cincuenta años sea difícil entender que hubo un tiempo en el que algunas personas se pasaban la vida leyendo. Seguro que los libros no habrán desaparecido, pero es posible que no se alcance a comprender hasta qué punto la lectura podía formar parte de la identidad de los lectores. Buscar la propia definición personal es el requisito más importante para componer o recomponer un ámbito de socialización. Cuando se impongan de manera definitiva las dinámicas sociales que empezaron a extenderse como una red al final del siglo *xx*, tal vez resulte muy raro pensar en individuos que aprendieron con un libro en sus manos a saber algo sobre su *yo* y su *nosotros*. Sentir es el verbo en el que se fundan las sociedades.

Hoy en día ya es un ejercicio de buena voluntad pensar que la lectura ocupa el lugar de confianza que le asignó la modernidad en el futuro de las sociedades democráticas. El contrato pedagógico, ciudadanos educados en la razón para conformar una sociedad feliz, fue devorado por las mismas inercias que negaron los deseos de una economía justa. Siento decirlo, pero pienso que el menosprecio del libro y la lectura no habla solo de un cambio de época en la educación, sino de esta inercia que devora lo mejor de los sueños democráticos, igual que un tumor devora el cuerpo del que nace y del que depende.

Pero hubo un tiempo en el que la defensa de la lectura no suponía una voluntariosa apuesta de las convicciones frente al pesimismo. Hubo un tiempo en el que hasta la melancolía de los libros ocultaba una raíz de optimismo. El orgullo de decir *yo* de un modo consciente encontraba argumentos im-

prescindibles en las páginas de algunos autores elegidos, seres amados que componían con palabras el espejo en el que mirarnos.

Decir yo siempre ha sido un asunto complicado cuando se toma en serio la palabra yo. Y tomarse en serio la palabra yo es la mejor forma de tomar en serio las palabras, todas las palabras. Decimos yo y ponemos en juego lo que pensamos ser, lo que fuimos y ya no somos, lo que pudimos ser y nunca fuimos, lo que queremos ser o lo que seremos sin saberlo. Es un verdadero abanico, un desplegable que no tiene fin cuando sitúa la identidad en los laberintos del tiempo. Convertirnos en un espacio, en un yo y en un *nosotros*, nos obliga de manera inmediata a ser tiempo. Meditar sobre esto fue la tarea a la que se dedicó Federico García Lorca como lector y como escritor en una época en la que los libros eran un ámbito propicio para negociar con la experiencia y definir la propia identidad:

Entre los juncos y la baja tarde,
¡qué raro que me llame Federico!

Este ensayo no es un alegato trasnochado en defensa de la lectura y la filología, sino una confesión personal: pertenezco a un tiempo y a una experiencia, soy lo que soy por los libros que he leído. Creo que me engañaría si pensase que los argumentos sobre el futuro tienen todavía más autoridad en mis convicciones que los recuerdos. Conocí a Federico García Lorca al final de los años sesenta, en la casa de mis padres, sobre la estantería de madera noble que llenaba una de las paredes del salón destinado a las visitas. Como formábamos una familia de muchos hijos y muchas diabluras, mis padres reservaban un salón de dos habitaciones para salvarlo de las guerras cotidianas. La puerta cerrada al extremo de un pasillo, los muebles distinguidos, las alfombras, el silencio, conformaban un orden al mismo tiempo familiar y sagrado. Allí encontré el volumen de *Obras completas* de

Federico García Lorca publicado por la editorial Aguilar en 1954.

Mi dedicación a la literatura quizá se deba a esta experiencia doméstica y adolescente, sin dioses, pero sagrada. Recuerdo incluso el descubrimiento de las canciones de Federico García Lorca con la fuerza de una sensación física. Como entrar en el agua del mar o de un río, las palabras me llamaban a una realidad distinta en la que poco a poco iba hundiéndome. Ahora recuerdo también la sensación de que ese tiempo en el que me sumergía era dorado porque lo pintaba el color de los limones.

La filología se consolidó como ejercicio humanista por respeto a la libertad de los individuos. Se fijaban manuscritos, se buscaba la verdad de los textos antiguos para conocer una experiencia humana única, para atestiguar su paso por la historia, su huella particular, irrepetible, más allá de dogmas y de iglesias. Libertad de escribir, libertad de leer y ser leído. Quien asume desde este punto de vista la tarea filológica piensa en su trabajo como una manera de participar en la emancipación humana a través del conocimiento.

Ya que el hecho literario es un suceso compartido entre un autor y un lector, está más que justificado el deseo de descubrir una experiencia personal, una biografía, a través de las lecturas. Y, si se trata de un autor, es inevitable que surja una lógica de unidad nutritiva. Adquiere sentido literario la afirmación de que somos aquello que hemos leído. Nuestros autores, al mismo tiempo, serán lo que hagamos con ellos o de ellos.

Me he acercado a los libros que leyó Federico García Lorca para entender mejor los motivos de su escritura y el equipaje de su formación literaria. Desde que oyó por primera vez a su madre leer en alto a Victor Hugo hasta que encontró una voz sazónada con las *Suites* y el *Poema del cante jondo*, el joven escritor fue buscándose, preguntándose por sus palabras como un modo de entender su propia identidad, las relaciones de su yo con el mundo en el que vivía.

Como es lógico, los libros y los autores que fue habitando le ayudaron a situar los conflictos de su intimidad. Junto al azar de lo que cae en las manos por obra de los amigos y de la época, la búsqueda precisa de una literatura tiene que ver con la intimidad, esa parte de la historia encarnada en los secretos de un yo. La homosexualidad, con su condición inevitable y los sentimientos de culpa lógicos en una sociedad represiva, fue un factor clave en la formación de Federico García Lorca.

El proceso tuvo dos ejes: primero, encontrar en la cultura prestigiosa la legitimación de unos sentimientos difíciles de asumir en la vida cotidiana; y, segundo, buscar en las tradiciones literarias aquellos caminos que sirviesen para recobrar el orgullo de los márgenes y para aprender a callar o a decir «el no decir» dentro de la lógica de un secreto compartido.

Tal vez Fernando de los Ríos no se diese cuenta del significado amplio que tenía el hecho de prestarle a su joven amigo los *Diálogos* de Platón. Pero además de un acercamiento a la gran filosofía, García Lorca pudo leer su deseo y escribir una de sus primeras prosas sobre la homosexualidad amparado por la tradición culta. Esa misma justificación la encontró también al desplazar a la mitología clásica relaciones y abrazos que no se atenían a la estricta moral católica.

Si la homosexualidad representaba una perspectiva heterodoxa, el camino idóneo para escribir en la disidencia estaba configurado por la estirpe romántica. Los datos biográficos no pasan por sí mismos a la literatura, necesitan primero elaborarse en unos códigos culturales. Las figuras perseguidas por la norma, los individuos malditos en las costumbres dominadas por el utilitarismo, consiguieron acomodo en el dolor cantado y gritado por el Romanticismo. El orgullo de los márgenes pudo fundarse cuando los sueños de la modernidad entraron en crisis, el contrato social evidenció sus quiebras y nació la cultura del yo enfrentado al sistema, o de la dignidad del sujeto opuesto a una realidad indigna. La le-

yenda del maldito vino a desembocar pronto en una batalla interior, una subjetividad escindida, porque declarar el fracaso de la realidad suponía aceptar también el fracaso de una parte de *nosotros*, esa zona del yo manchada por el ámbito público. Eso tuvo una importancia decisiva para la literatura ya que el lenguaje es un bien social, un espacio de comunicación aprendido en el mundo exterior por el individuo. Declarar el fracaso de la sociedad significaba asumir el fracaso del lenguaje, sus peligros, su contacto con la mentira. Surgió entonces el deseo de depurar, de sugerir, de huir de la elocuencia. El simbolismo fue el estilo apropiado de los que querían decir «el no decir».

Por eso las grandes exclamaciones románticas derivaron hacia los cuidados simbolistas. Se trataba de combatir la retórica social con un murmullo íntimo y en relación con lo no dicho, con el matiz de lo insinuado. Es lo que García Lorca llamó «la ciencia del silencio» en uno de sus primeros poemas.

Si la lectura de Hesíodo, Platón o Shakespeare le sirvió al poeta para establecer la dinámica de sus conflictos en el escenario de la alta cultura, la apuesta por Ibsen, Maeterlinck y Verlaine le permitió, además, adentrarse en el mundo simbólico y en el poder de lo callado. Estas lecturas, como las de Oscar Wilde, Rubén Darío, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, facilitaron un diálogo íntimo en el que Federico García Lorca encontró su sentido a la hora de escribir. El joven habitó sus libros para negociar consigo mismo y con el mundo su propia identidad.

Pero antes de hacer inventario de estas referencias culturales decisivas, resultaba conveniente reivindicar la personalidad de García Lorca como un autor leído y culto. Sigue manteniéndose con frecuencia la leyenda del poeta instintivo, inspirado por la voz de la tierra, que transmite una verdad anterior a sí mismo. Esto no ocurre ya entre los estudiosos, pero sí tiende a repetirse en las conversaciones más comunes, efluvios simpáticos que prefieren dar valor a la es-

pontaneidad natural antes que a la formación y al trabajo. Frente a este tipo de sublimaciones es conveniente ponerse a la defensiva. La versión idealizada de la mujer ha servido para convertirla en ángel del hogar y para cerrarle las puertas de los despachos en los que se decide la vida pública. La exaltación del poeta ingenuo esconde una misma lógica, una alabanza envenenada que le resta valor al significado de la poesía, a la necesidad profunda del saber humano que se pregunta en cada momento qué dice en realidad cuando pronuncia la palabra *yo* o la palabra *nosotros*. García Lorca fue un autor culto, buscó con pasión los libros que le ayudaron a ser dueño de su voz.

Este ensayo pretende acercarse a la verdad de Federico García Lorca a través de esos libros. Nuestros ojos de lectores imaginarán los ojos de García Lorca al leer a Shakespeare o a Wilde, a Rubén Darío o a Unamuno. Este ensayo quiere también recordar un tiempo en el que la lectura era un ámbito importante de socialización para gente convencida de que la pedagogía, el esfuerzo educativo y las ambiciones culturales trazaban los mejores caminos para lograr sociedades justas y civilizadas. La cultura como remedio para las manchas públicas y privadas de la sociedad. Pero eso, claro está, implicaba también preguntarse por la cultura. ¿De qué se estaba hablando cuando se hablaba de cultura? ¿Qué libros había que leer?

Hace cien años, Federico García Lorca conoció a Antonio Machado en un instituto de Baeza. Hace ochenta años, Federico García Lorca fue ejecutado en Granada por representar los valores contrarios a los que quería imponer el golpe de Estado de 1936. En estas páginas se funde el sueño republicano de un poeta en el primer tercio del siglo pasado con el deslumbramiento de un adolescente que descubrió la poesía en la Granada franquista de los años sesenta. Este sentimiento agradecido tiene también más de confesión personal que de alegato hacia el futuro. Sospecho que den-

tro de cincuenta años será difícil entender que hubo un tiempo en el que algunas personas asumían la memoria como parte imprescindible de su identidad. Las herencias humanas: un tiempo vivido y leído fuera de la lógica del usar y tirar.

Madrid, 10 de enero de 2016

FEDERICO GARCÍA LORCA, LECTOR

El mejor homenaje a la literatura y los libros es la biografía de un lector.

¿Qué es un lector? En cuanto nos decidimos a pensar las posibles respuestas, surge la necesidad de matizar el significado de la lectura, la acción de la persona que abre un libro y pone los ojos sobre sus páginas. Después de todo lo que se ha escrito sobre el asunto, después de tantos consejos, dogmas, teorías, catecismo sobre el arte de leer, hogueras, censuras y hermosas declaraciones, quizá lo más conveniente sea huir de la rotundidad en las ideas y limitarse a ordenar el equipaje personal, la ropa y las cosas de aseo que cada uno necesita para el camino particular que se va a recorrer.

Pedro Salinas escribió un famoso ensayo titulado «Defensa de la lectura» (1948) en el que encuentro dos cosas sencillas que me hacen falta aquí. En primer lugar, una distinción entre *leedores* y *lectores*. Sin ningún deseo de defender criterios particulares de valoración, Salinas constata la diferencia entre el *leedor* y el *lector*. El primero resbala con prisas sobre un libro para solucionar la urgencia de prepararse un examen, una clase, una inversión en bolsa o la vanidad de estar a la última en las noticias y los títulos. El segundo lee por amor al libro, a un libro cada vez, y solo desea compartir con él unas horas.

La otra cosa que necesitamos meter en el equipaje de este estudio es la idea de *educar para leer* y *leer para educar*. Produce una sonrisa triste descubrir la preocupación de Salinas en 1948 sobre el desprestigio social de la educación y el imperio de otros ámbitos como el ingenio superficial o la norma deportiva de la competición y el triunfo rápido. Las

cosas pueden empeorar siempre. Ahora incluso da vergüenza repetir que la educación es un valor necesario para mejorar la sociedad, una frase que suena a hueca después de tanta declaración oficial impudorosa.

Pero si queremos hacernos una idea de la manera en la que Federico García Lorca vivió su experiencia como lector es necesario regresar a una tradición cultural convencida de la importancia de la educación y de la lectura como ejercicio decisivo en ella. No se trataba solo de informarse o de mejorar el futuro de una sociedad retrasada, sino también de crecer por dentro, de formarse, de encontrar caminos de realización personal.

García Lorca fue un lector apasionado y un defensor de los libros porque los consideraba importantes para el bien público y para la comprensión de los conflictos más íntimos. En la «Alocución al pueblo de Fuente Vaqueros» (1931), hablaba desde el más profundo convencimiento cuando decía cosas como esta: «¡Libros!, ¡libros! He aquí una palabra mágica que equivale a decir: *amor, amor*, y que debían los pueblos pedir como piden pan o como anhelan la lluvia para sus sementeras» (III, 204)[1]. O como esta:

Ya ha dicho el gran Menéndez Pidal, uno de los sabios más verdaderos de Europa, que el lema de la República debe ser: *Cultura*. Cultura, porque solo a través de ella se pueden resolver los problemas en que hoy se debate el pueblo lleno de fe, pero falto de luz (III, 204).

O también ideas como esta:

Ya lo dijo el sagacísimo Voltaire: Todo el mundo civilizado se gobierna por unos cuantos libros: la Biblia, el Corán, las obras de Confucio y de Zoroastro. Y el alma y el cuerpo, la salud, la libertad y la hacienda se supeditan y dependen de aquellas grandes obras. Y yo añado: todo viene de los libros. La Revolución francesa sale de la *Enciclopedia* y de los libros de Rousseau, y todos los movimientos actuales societarios comunistas y socialistas arrancan de un gran libro; de *El capital*, de Carlos Marx (III, 205).

García Lorca leía, regalaba libros, comentaba en sus cartas algunas lecturas como acontecimientos personales, mezclaba sus sentimientos con el nombre de sus escritores más ad-

mirados. Era, además, muy consciente de las herencias literarias cuando tomaba decisiones sobre su propia obra o su identidad personal. Los libros habitaban la mesa de trabajo y la mesilla de noche. Desde muy joven supo que no podía separar su identidad artística y su identidad personal. Fue, desde luego, un lector y estuvo muy alejado de la figura que Pedro Salinas define como *leedor*.

A pesar de esta complicidad con los libros, se ha presentado con alguna frecuencia a Federico García Lorca como un poeta dominado por las fuerzas de su instinto, una cultura de la sangre en contacto con la naturaleza y sin formación ninguna. El retrato del buen salvaje ha pretendido ajustar la personalidad del poeta a la mitología romántica de la fatalidad irracional. La identificación de lo verdadero con lo espontáneo suele provocar regalos envenenados. La mitología del poeta que responde a una fuerza natural y poco trabajada desconoce los procesos de creación y, en cualquier caso, confunde de manera peligrosa la verdad con el analfabetismo. No están los tiempos para convertir la incultura en un elogio. Esto es una trampa, un falso dibujo que, en el caso de García Lorca, confunde el contenido y los aires calculados de una parte de su obra con su realidad como escritor.

Andrés Soria Olmedo (1995) señaló que este tópico tuvo su inicio en unas palabras de José Fernández-Montesinos, un filólogo amigo de juventud del poeta. Al escribir en 1927 un acercamiento a la poesía española, Fernández-Montesinos trazó un retrato típico de la musa, el autor inocente y genial. Destacó el mérito del talento sin esfuerzo con la confianza de quien lo había visto crecer y lo había ayudado a formarse. Sin apenas leer libros, con pocos consejos y muy buen oído, era poseedor de un mundo poético de alto valor. Las irregularidades previsibles carecían de importancia junto a las sorpresas que siempre acumulaban sus poemas[2].

Desde el punto de vista del amigo filólogo, García Lorca aclaraba de un modo natural el complicado laboratorio de los jóvenes poetas de los años veinte. La poesía ultraísta,

que pretendía superar el sentimentalismo con elaboraciones conceptuales a veces muy complejas, encontraba el contrapunto de una genialidad no pensada, sin cálculos ni trampas.

Esta imagen milagrosa de la sabiduría instintiva pudo verse favorecida, además, por la fama de mal estudiante que cobró García Lorca en la Universidad de Granada. Era lógico que un coleccionista de suspensos y convocatorias no aprovechadas acabase por representar la parte menos académica de una generación de poetas-profesores tan distinguidos como Pedro Salinas, Jorge Guillén, Dámaso Alonso y Gerardo Diego, todos ellos dedicados al estudio y la enseñanza de la literatura. Lo que en José Fernández-Montesinos era sorpresa, en otros amigos mayores como Antonio Gallego Burín llegó a rozar la incredulidad en un primer momento. El joven divertido, sensible, afeminado, mucho más vitalista que académico, sin disciplina en las aulas universitarias, había empezado de pronto a escribir con una extraña calidad que bien podía entenderse como un milagro. En una carta de mayo de 1919, Gallego Burín (1986) se dirige a Melchor Fernández Almagro para comentar un viaje de Marquina a Granada: «Una tarde estuvimos en casa de Federico, que nos leyó cosas *suyas*, esas admirables cosas que puedes creer no me resigno a convencerme que las haga él. ¡Ah, esta dualidad de personalidades! Si pudiera ser efectiva [...]» (p. 160). La historia está llena de sobresaltos, a veces da más sorpresas que un poema de vanguardia. Gallego Burín, nombrado alcalde de Granada después de la feroz Guerra Civil que le costó la vida a García Lorca, había sido una referencia y un amigo cercano en los primeros pasos literarios del poeta. Cosas de la historia. Cuando se conocen los finales, el sol de los principios se nubla de manera inevitable.

Dejando a un lado la mitología romántica, los paternalismos y los posibles prejuicios, conviene saber que García Lorca no leyó pocos libros y no tuvo una escasa formación literaria. Su propia obra, sus cartas y el recuerdo de muchos

amigos demuestran lo contrario. En realidad fue un asiduo visitante de bibliotecas y librerías. Uno de sus primeros cómplices en la literatura, el periodista José Mora Guarnido, escribió un libro de recuerdos titulado *Federico García Lorca y su mundo* (1958). Quiso dibujar un término intermedio para el joven amigo que no era «ni un *tragalibros*, ni un despreocupado improvisador sobre los temas que su empeño abarcaba» (p. 141). Pero la imagen que queda se acerca más al *tragalibros* que al improvisador. Mora destaca, por ejemplo, la importancia que tuvieron en la formación del poeta la biblioteca privada de Francisco Soriano Lapresa, una verdadera guía en la tertulia de El Rinconcillo en el café Alameda, y la biblioteca de la Universidad de Granada. El amigo de juventud nos recuerda también que, cuando empezó a viajar a Madrid, Federico no solo prestó atención a las novedades que circulaban por la corte literaria, sino que también utilizó con asiduidad la biblioteca del Ateneo y visitó las librerías de la ciudad[3].

Pepín Bello, compañero en la Residencia de Estudiantes, hablaba de un Federico que

[...] lo había leído todo. No sé si se lo había imbuido Dios, pero lo había leído todo, y eso que nunca fue un beato con libros, nunca fue bibliófilo y su biblioteca era más bien escasa [...]. Lo recuerdo yendo y viniendo a la excelente biblioteca que teníamos en la Residencia, con aquellos tomazos inacabables de las obras completas de Lope de Vega o de Calderón[4].

El famoso Pepín Bello, amigo íntimo del grupo formado por Dalí, Buñuel y García Lorca, roza la leyenda al referirse a un saber *imbuido por Dios*, pero luego cambia de dirección, atiende a sus propios recuerdos y lo presenta volcado en los tomazos inacabables de los clásicos. Y es que el niño campesino que fue Lorca había nacido con un libro bajo el brazo. Su educación se consolidó dentro de la burguesía acomodada granadina, con una madre que había sido maestra y una familia de origen rural que identificó pronto los libros y los estudios universitarios con un camino de formación y ascenso social para sus hijos. Al final de la adolescencia, el